



Carme Chacón, con el jefe del Estado Mayor de la Defensa (izquierda), el secretario de Estado de Defensa y el director del CNI. / RICARDO PÉREZ (EFE)

## España refuerza la seguridad de sus embajadas y sus tropas en el exterior

El Gobierno admite el riesgo pero no eleva la alerta de los cuerpos policiales

MIGUEL GONZÁLEZ  
Madrid

El Gobierno español revisará la seguridad de sus embajadas y extremará las medidas de autoprotección de sus tropas en el exterior, pero no elevará por ahora el nivel de alerta de sus fuerzas y cuerpos de la Seguridad. El presidente José Luis Rodríguez Zapatero ha convocado esta mañana en La Moncloa al vicepresidente y ministro del Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba, y a las titulares de Asuntos Exteriores y Defensa, Trinidad Jiménez y Carme Chacón, para analizar la situación creada por la eliminación del líder de Al Qaeda y estudiar "medidas adicionales" de prevención.

Aunque admitió que no pueden descartarse "represalias" y que "España tiene un riesgo evidente" de convertirse en objetivo del terrorismo yihadista, Rubalcaba estimó ayer que el nivel 2 de alerta, sobre una escala de cuatro, en el que ya están los cuerpos policiales resulta "suficiente" para garantizar la seguridad de los ciudadanos. Este nivel, activado en octubre pasado en su grado más alto, supone que existe un riesgo "probable" de atentado, mientras el nivel 3 corresponde a una amenaza "altamente probable" y el 4 a un "riesgo inminente" de atentado. El Gobierno considera que no existe una amenaza específica contra España, aunque sí un ries-

go compartido con otros muchos países, por lo que no considera "prudente" decretar el nivel 3 de alerta, que implica el alistamiento de efectivos militares, o el 4, que supone su movilización para vigilar puntos neurálgicos.

Tampoco se prevé elevar el nivel de alerta de los 1.500 soldados españoles desplegados en Afganistán o de los 1.000 destacados en el sur de Líbano; que ya era "alto", especialmente el de los primeros, ante la anunciada ofensiva talibán de primavera. Lo que sí ha hecho el jefe del Estado Mayor de la Defensa, el general Julio Rodríguez, ha sido remitir instrucciones a los responsables de los dos contingentes españoles para que se refuer-

cen las medidas de autoprotección, aunque ello no implicará en ningún caso la suspensión de las misiones previstas. Así se lo comunicó ayer tarde a la ministra de Defensa, Carme Chacón, en una reunión en la sede de su departamento a la que asistió, entre otros, el jefe del servicio secreto CNI, Félix Sanz, encargado de evaluar las reacciones que la eliminación de Bin Laden ha suscitado en el seno de la comunidad musulmana en España.

Por su parte, el Ministerio de Asuntos Exteriores ultimaba ayer un telegrama para alertar a las embajadas del riesgo de atentado y preparaba una revisión completa de las condiciones de seguridad de las legaciones espa-

ñolas en los países más vulnerables al fanatismo de Bin Laden, según fuentes diplomáticas.

La noticia de su muerte cogió por sorpresa al Gobierno español. Se enteró cuando se hizo pública y tardó en reaccionar. Hasta las diez de la mañana —después de que se pronunciaran Alemania, Francia, Reino Unido, Italia o Turquía, entre otros países— no se difundió el primer comunicado. En el breve texto, se calificaba la eliminación de Bin Laden de "paso decisivo" en la lucha contra el terrorismo, se felicitaba al presidente de EE UU, Barack Obama, por el resultado de la operación, y se reiteraba el compromiso español "de colaboración con EE UU y otros países unidos en la lucha contra el terrorismo, allá donde se geste o ejecute". En términos similares se expresó Zapatero en el telegrama que remitió al inquilino de la Casa Blanca.

El servicio secreto evalúa la reacción de los musulmanes españoles

Pero Zapatero no habló en público. Quienes pusieron voz a la posición del Gobierno fueron la ministra Trinidad Jiménez y el propio Rubalcaba. Ambos obviaron el hecho de que Bin Laden hubiera sido eliminado y no llevado ante un juez para responder de sus crímenes. La Moncloa no quiso valorar este hecho, que calificó de *preterible*.

En la misma línea, el líder del PP, Mariano Rajoy, declaró en Melilla que se ha dado un "paso muy importante" en la lucha contra el terrorismo. La nota discordante la puso la presidenta madrileña, Esperanza Aguirre, quien aseguró que "Bin Laden nunca ha reconocido el atentado de Madrid como de Al Qaeda". Lo hizo, implícitamente, el 15 de abril de 2004, cuando dijo que lo sucedido el 11-S y el 11-M "es vuestra mercancía que os ha sido devuelta. Tenéis que saber que la seguridad es necesaria para todos". La sentencia del Supremo acreditó la "dependencia ideológica", aunque no jerárquica, de los autores del 11-M respecto a Al Qaeda.

## Los árabes ya lo habían enterrado

ANÁLISIS

Javier Valenzuela

Al inmolarse a lo bonzo, sin causar el menor daño a terceros, el tunecino Mohamed Buazizi dio el pasado diciembre un puntillazo mortal en la conciencia popular árabe a Bin Laden, Al Qaeda y sus terroristas suicidas. La chispa de Buazizi prendió de inmediato en la acción valiente y pacífica en las calles de Túnez, El Cairo, Bengasi, Saná, Deraa y otras ciudades de cientos de miles de árabes que no tardaron en derrocar a los dictadores Ben Ali y Mubarak y en poner en serios aprietos a Gadafi y El Asad. Los ciudadanos agrupados en masas combatientes triunfaban allí donde la brutalidad de Al Qaeda no había conseguido nada.

Bin Laden ha muerto como un fracasado. Su yihad terrorista no logró derrocar ni uno solo de los regímenes árabes que denunciaba como despóticos e infieles, ni tan siquiera el del *faraón* Mubarak tan detestado por el egipcio Al Zawahiri, el número dos de esta red de redes y presunto sucesor de Bin Laden. De hecho, fue patético, toda una confesión de impotencia y derrota, el silencio de Al Qaeda durante el combate de los egipcios de la plaza de Tahrir. Tampoco consiguió esta yihad recuperar una sola pulgada de los territorios árabes y musulmanes ocupados por tropas israelíes u occidentales. En cuanto a sus ideas milenaristas de un califato islámico, se habían convertido en excéntricas en un mundo árabe que ocupaba calles y plazas para pedir libertad y dignidad, para reclamar democracias.

Ya antes de ser abatido ayer por comandos norteamericanos, Bin Laden había perdido la batalla de los corazones y las mentes árabes, los de su propia gente, la que hablaba su propia lengua, aquella en que está escrito el Corán. En algún momento, tras el 11-S y al comienzo de las invasiones de Afganistán e Irak, el saudí, cierto es, había sido popular entre algunos sectores desesperados del mundo árabe; aún rechazando sus métodos bestiales, había quien les encontraba alguna justificación. Era una especie de vengador de tanta tiranía y corrupción en la *umma*, de tanta desvergüenza occidental en la zona. Pero esos sentimientos se habían ido desvaneciendo.

Y es que, entre el 11-S y ayer, han pasado muchas cosas. El propio fracaso de Al Qaeda en la consecución de sus objeti-

vos; la sustitución de un Bush belicista y fundamentalista por un presidente norteamericano de piel oscura y orígenes familiares musulmanes que, en su histórico discurso de El Cairo y ayer mismo, no ha dejado de subrayar que no tiene nada contra el islam, y, aún más importante, los cambios demográficos, tecnológicos e intelectuales en el norte de África y Oriente Próximo.

La emergencia de juventudes urbanas conectadas con el mundo vía Internet y la televisión por satélite y dispuestas a luchar pacíficamente por la democracia, ha ido convirtiendo a Al Qaeda en un elemento marginal en el mundo árabe. Nótese que, de estar aún enraizada en algún lado, lo está en Afganistán y Pakistán —países musulmanes pero no árabes— y en regiones periféricas del mundo árabe como Yemen y el Sahel.

Así que a Bin Laden lo mataron armas norteamericanas, pero su gente ya lo había enterrado antes.